
LA ILUSTRACIÓN

«La Ilustración significa el abandono del hombre de una infancia mental de la que él mismo es culpable. Infancia es la incapacidad de usar la propia razón sin la guía de otra persona. Esta puericia es culpable cuando su causa no es la falta de inteligencia, sino la falta de decisión o de valor para pensar sin ayuda ajena. *Sapere aude* "¡Atrévete a saber!" He aquí la divisa de la Ilustración.» [Immanuel Kant: *¿Qué es la Ilustración?*]

•

«No puede considerarse todo el complejo movimiento intelectual llamado Ilustración como una simple manifestación del empirismo. Entran en ella otros elementos distintos, y muy principalmente los que proceden del racionalismo idealista y, en última instancia, del cartesianismo.

Pero podemos incluir el pensamiento "ilustrado" en la corriente empirista: porque el empirismo inglés depende, en buena parte, del racionalismo continental y no excluye, sino que supone la influencia de este; y porque la ilustración, en la escasa medida en que es filosofía, se preocupa más de las cuestiones del conocimiento que de las metafísicas, y sigue los caminos empiristas, extremándolos hasta el sensualismo absoluto.

Por otra parte, los elementos más importantes de la Ilustración, el deísmo, la ideología política, partidaria de la libertad y del gobierno representativo, la tolerancia, las doctrinas económicas, etc., tienen su origen en el pensamiento empirista de los siglos XVI a XVIII. La época de la Ilustración (siglo XVIII) representa el término de la especulación metafísica del XVII. Es una época de difusión de las ideas del periodo anterior. [...]

Lo que primero se piensa en la filosofía acaba por tener consecuencias históricas. Se van generalizando las ideas, hasta convertirse poco a poco en una fuerza actuante, incluso en las multitudes. Esto ha ocurrido siempre; pero más que nunca en la época de la Ilustración.

Todo el siglo XVIII, todo lo que llamamos la Ilustración, ha sido este proceso de adquirir influjo y existencia social las ideas pensadas en los siglos anteriores. Y esto no es casualidad.

Todos los tiempos viven de ideas; pero no es forzoso que estas ideas se muestren como tales, como teorías; precisamente suelen encontrar su fuerza en ocultarse bajo otras formas; por ejemplo, formas tradicionales. En el siglo XVIII, en cambio, importan las ideas justamente por ser ideas: se trata de vivir según esas ideas, según la *raison*. Por esto no tiene que

revestirse de otra apariencia, y adquieren su máxima eficacia.» [Julián Marías: *Historia de la filosofía*, 1965, p. 256; 266]



La Ilustración fue un movimiento cultural e intelectual, primordialmente europeo, que nació a mediados del siglo XVIII y duró hasta los primeros años del siglo XIX. Fue especialmente activo en Inglaterra, Francia y Alemania. Inspiró profundos cambios culturales y sociales, y uno de los más drásticos fue la Revolución francesa (1789).

Es un movimiento amplio de investigación y de crítica y su origen está, entre otras cosas, en el empirismo sensualista de la filosofía inglesa de Bacon, Locke, Hume y otros pensadores ingleses, que no se ocupan de las cuestiones metafísicas de la tradición filosófica anterior y parten del conocimiento de las cosas que nos dan los sentidos, de la experiencia sensible. Así inician una revisión crítica de las ideas filosóficas anteriores que tendrá una enorme repercusión en toda la Europa del siglo XVIII: el "Enciclopedismo" francés y la "Aufklärung" (Ilustración) alemana.

La Ilustración estaba influida en muchos sentidos por las ideas de Blaise Pascal, Gottfried Leibniz, Galileo Galilei y otros filósofos del período anterior. El pensamiento europeo atravesaba por una ola de cambios, ejemplificados por la filosofía natural de Sir Isaac Newton, un matemático y físico brillante. Las ideas de Newton, que combinaban su habilidad de fusionar las pruebas axiomáticas con las observaciones físicas en sistemas coherentes de predicciones verificables, proporcionaron el sentido de la mayor parte de lo que sobrevendría en el siglo posterior tras la publicación de sus *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*. Pero Newton no estaba solo en su revolución sistemática pensadora, sino que era simplemente el más famoso y visible de sus ejemplos. Las ideas de leyes uniformes para los fenómenos naturales se reflejaron en una mayor sistematización de una variedad de estudios.

En la segunda mitad del siglo XVIII, pese a que más del 70 % de los europeos eran analfabetos, la intelectualidad y los grupos sociales más relevantes descubrieron el papel que podría desempeñar la razón, íntimamente unida a las leyes sencillas y naturales, en la transformación y mejora de todos los aspectos de la vida humana.

Las fuentes de inspiración fundamentales de la Ilustración son la filosofía de Descartes (la duda metódica para admitir solo las verdades claras y evidentes) y la revolución científica de Isaac Newton, apoyada en unas sencillas leyes generales de tipo físico. Los ilustrados pensaban que estas leyes podían ser descubiertas por el método cartesiano y aplicadas universalmente al gobierno y a las sociedades humanas. Por ello la élite de esta época sentía enormes deseos de aprender y de enseñar lo aprendido, siendo fundamental la labor desarrollada por Diderot y D'Alembert cuando publicaron la *Encyclopédie raisonnée des Sciences et des Arts* entre 1751 y 1765, inspirada por los principios laicos y materialistas de la burguesía

francesa y completada en 1764 con el crítico *Dictionnaire philosophique*, de Voltaire. La obra *Ensayo* de John Locke es uno de los precursores. Como característica común hay que señalar una extraordinaria fe en el progreso y en las posibilidades de los varones y mujeres para dominar y transformar el mundo. Los ilustrados exaltaron la capacidad de la razón.

La Ilustración no se guía por la jerarquía, disciplina y la autoridad dogmática, sino por la igualdad, la independencia intelectual y la libre crítica. La moral pierde su dimensión religiosa y adopta un tono utilitario. El Dios cristiano es sustituido por un vago Ser Supremo (*deísmo*); la caridad cristiana es sustituida por la filantropía fraternal humana y todo está impregnado de un espíritu de tolerancia. El derecho natural sustituye al derecho divino.

La Ilustración tiene la declarada finalidad de disipar las tinieblas de la ignorancia de la humanidad mediante las luces del conocimiento y la razón. La necesidad de salir de la oscuridad de la ignorancia y el deseo de alcanzar la luz mediante el conocimiento fueron las causas que motivaron el inicio de la Ilustración. Esta iluminación intelectual y de la razón propició que al siglo XVIII se le llamara el Siglo de las Luces.

Importantes ideas como la de búsqueda de la felicidad, la soberanía de la razón, y la evidencia de los sentidos como fuentes primarias del aprendizaje nacieron durante esta época. Ideales tales como la libertad, igualdad, el progreso, la tolerancia, la fraternidad, el gobierno constitucional y la separación Iglesia-Estado tienen su nacimiento también en esta época.

Los ilustrados rechazaban el arte por el arte y creían que la pluma debía ser la espada de la cultura para aplastar la ignorancia. Era por tanto un movimiento realista que rechazaba la poesía pues la consideraba poco útil pero que dio a los ensayos una gran importancia.

Los pensadores de la Ilustración sostenían que el conocimiento humano podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía para construir un mundo mejor. La Ilustración tuvo una gran influencia en aspectos científicos, económicos, políticos y sociales de la época.

La Ilustración es la ideología y la cultura elaborada por la burguesía europea en su lucha con el absolutismo y la nobleza. También puede ser definida como la culminación del racionalismo renacentista. Se trata de un fenómeno iniciado en Francia, que se va extendiendo por toda Europa a lo largo del siglo XVII.

La Ilustración en España se inscribe en el marco general de la Ilustración europea (espíritu crítico, fe en la razón, confianza en la ciencia, afán didáctico). Las influencias son esencialmente francesas e italianas. Los ilustrados fueron una minoría culta formada por nobles, funcionarios, burgueses y clérigos.

El prototipo del ilustrado español fue Gaspar Melchor de Jovellanos, intelectual asturiano que había sido discípulo de Campomanes.

Este tipo de pensamiento se expandió en la población y se expandió por los hombres de letras, pensadores y escritores que creaban nuevas formas de entender la realidad y la vida actual.

Se expandió también a través de nuevos medios de publicación y difusión, así como en libros, periódicos, reuniones, o en cafés en las grandes ciudades continentales y británicas, en las que participaban intelectuales y políticos a fin de discutir y debatir acerca de la ciencia, política, economía, sociología, leyes, filosofía y literatura.

La Ilustración fue marcada por su enfoque en el método científico y en el reduccionismo, el dividir problemas y sistemas en sus componentes al momento de encontrar una solución y/o entender mejor cómo funciona el sistema o problema.

LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA

Lo más importante de la cultura de la Ilustración española en el siglo XVIII no es el arte, sino la investigación y el ensayo (escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales). Escasea el genio creador y la actividad cultural adquiere un carácter más bien didáctico (ilustrar: instruir, enseñar, comunicar sistemáticamente ideas, conocimientos o doctrinas). No es época de poetas y novelistas, sino de críticos e investigadores, interesados en fomentar las ciencias experimentales que el Barroco había descuidado.

En España la Ilustración coincidió con los reinados de Fernando VI (1746-1759) y Carlos III (1759-1788). Si bien la situación en que se encontraba el país obstaculizó una eclosión inmediata, el auge dinámico de algunas de sus zonas geográficas (especialmente Cataluña) y la actuación coadyuvante del poder político facilitaron la aparición de un nutrido y valioso grupo de ilustrados (Cabarrús, Cadalso, Campomanes, Capmany, Feijoo, Floridablanca, Jovellanos, etc.) condicionado, no obstante, por el arraigo y la preponderancia del pensamiento escolástico tradicional y la política de la Contrarreforma.

Los reyes y gobernantes del despotismo ilustrado, movidos por el afán de cultura general, favorecen la creación de centros oficiales destinados a estudios científicos y humanísticos. Estos centros ponen de manifiesto el poder absolutista borbónico.

Se crean la *Real Academia de la Lengua* (1713), la *Biblioteca Nacional* (1712), la *Real Academia de la Historia* (1738), el *Real Gabinete de Historia Natural* (fundado en 1771 hasta 1815, fecha en la que fue creado el *Real Museo de Ciencias Naturales*). La *Real Academia Española* comienza una tarea de selección del lenguaje con la publicación del *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), completada más tarde con la *Gramática de la lengua española* (1771).

En la segunda mitad del siglo XVIII surgen las *Sociedades Económicas de Amigos del País*, cuya finalidad era difundir las nuevas ideas y conocimientos científicos y técnicos de la Ilustración. Nacieron en el reinado de Carlos III (1759-1788), quien las puso bajo la protección real para que fueran un instrumento del reformismo borbónico.

En el siglo XX se pone en duda la existencia o no de una Ilustración española con la polémica polarizada en las opiniones contrarias de José Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors. Esta polémica tuvo como consecuencia un gran retraso en el reconocimiento de la existencia y reconstrucción de una sólida e internacionalizada Ilustración española o hispánica, tanto humanística como científica, empirista y cristiana, progresista pero muy escasamente política.

Una tardía Ilustración universalista de gran envergadura fue encabezada por Juan Andrés, creador de la *Historia universal de las letras y las ciencias*, Lorenzo Hervás y Antonio Eximeno, constructores de hecho de la Comparatística moderna. Se trata de una nutrida gama de intelectuales, algunos de primer orden y en buena parte jesuitas españoles expulsos en 1767, pero también americanos y filipinos. Es lo que se ha venido en llamar Escuela Universalista Española del siglo XVIII.

La denominación Escuela Universalista Española del siglo XVIII define al núcleo de autores: Juan Andrés, Lorenzo Hervás y Antonio Eximeno y sus maestros. Asimismo, los grandes americanistas Francisco Javier Clavijero, José Celestino Mutis, Juan Ignacio Molina y Joaquín Camaño, que cuentan relevantemente entre los creadores de la nueva Antropología y, junto a Hervás, de la Antropología cultural. Se trata de casi medio centenar de profesores migrantes, muchos de ellos jesuitas expulsos.

Es en realidad el proyecto de culminación de la ciencia humanística universal, tanto en sentido de totalización de las disciplinas como geográfico-cultural del mundo mediante la convergencia de la tradición del humanismo clásico con la ciencia empírica moderna. Se trata pues, metodológicamente, de la creación de la Comparatística moderna, así como de una singular Ilustración universalista que aúna ciencias humanas y ciencias físico-naturales, y cuya consideración transforma y enriquece extraordinariamente la faz de la cultura europea moderna.

La Escuela Universalista Española del siglo XVIII, que en buena parte maduró en el norte de Italia, y constituye tras la Escuela de Salamanca el segundo gran momento intelectual hispánico, representa el primer momento europeo de constitución de una cultura global propiamente dicha.

A Hispanoamérica llegaron las ideas de la Ilustración a través de la metrópoli. En los ámbitos de la política y la economía, las reformas impulsadas por el despotismo ilustrado a finales del reinado de Fernando VI y durante el de su sucesor Carlos III tenían por objeto reafirmar el dominio efectivo del gobierno de Madrid sobre la sociedad colonial y contener o frenar el ascenso de las elites criollas.

En la Nueva España (México), en el ámbito de los colegios de la Compañía de Jesús, vemos surgir un importante grupo de científicos y filósofos ilustrados. En el sur del continente, el pensamiento ilustrado tuvo un primer gran empuje en la Real Audiencia de Quito mediante la llamada *Escuela de la Concordia*, fundada en la ciudad de Quito por el Eugenio Espejo en 1791, y a la cual pertenecían nobles de la élite criolla y profesionales mestizos. Los pensamientos y debates surgidos en la Escuela de la Concordia plantaron las primeras semillas de nacionalismo e independencia de Sudamérica, ya que, a partir de varios sucesos ocurridos con sus diferentes miembros, la ilustración se propagaría hacia el resto de territorios de los virreinos de Nueva Granada y Perú.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO (1676-1764)

El padre Feijoo fue un religioso benedictino, ensayista y polígrafo español. Junto con el valenciano Gregorio Mayans constituye la figura más destacada de la primera Ilustración española. Es autor del discurso "Defensa de mujeres" (1726) considerado el primer tratado del feminismo español.

Nació en Galicia en el seno de una familia hidalga del muy antiguo linaje. En 1688, a los doce años, ingresó en la Orden Benedictina, lo que le supuso voto de pobreza y renunciar a sus derechos como mayorazgo de su casa. Desde entonces se consagró al estudio, llegando a ser nombrado "maestro general" en su orden, y dio clases en distintos lugares de Galicia, de León y de Salamanca, en cuya Universidad estudió también.

Ganó por oposición una cátedra de Teología en la Universidad de Oviedo y allí residió desde 1709 hasta el fin de sus días, consagrado al estudio, a la enseñanza, a la composición y defensa de sus obras (que levantaron gran polvareda en cuanto a detractores y seguidores). Sus obras principales, el *Teatro crítico universal* y las *Cartas eruditas y curiosas*, fueron probablemente las obras más impresas y leídas en la España del siglo XVIII. Falleció en su colegio de San Vicente de Oviedo en 1764, a los ochenta y siete años.

Feijoo es considerado el introductor del género ensayístico en la literatura española, así como uno de los más famosos miembros (junto con Mayans) de la que es considerada la Primera Ilustración Española.

Obras e ideario de Feijoo

Su vasta producción intelectual está contenida en los ocho volúmenes del *Teatro crítico universal* (1727-1739) y en los cinco de las *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760). Sus obras tratan sobre las más diversas materias: desde la medicina, las ciencias físico-naturales y exactas, geografía, historia, hasta la filosofía, la teología y la moral.

Feijoo rechaza el criterio de autoridad aplicado a temas científicos y se guía solo por la razón y la experiencia, sometiéndolo a todas las ideas que circulaban

entonces a una rigurosa comprobación, admitiendo solo las que no estaban en desacuerdo con el buen sentido común ni con la observación y la experiencia. Atacó crudamente la credulidad del vulgo y la rutina de los hombres de ciencia y de los pensadores. Combatió las discusiones abstractas y los verbalismos ineficaces de su tiempo, promoviendo en su lugar el estudio de las ciencias naturales, la física y la química, las matemáticas y la medicina, las únicas en las que se podía llegar a resultados prácticos y seguros sin la intervención de prejuicios ideológicos. Supo, no obstante, conciliar el espíritu de la Ilustración y el afán de cultura y progreso con el dogma católico, sin caer en el sectarismo antirreligioso de la *Enciclopedia*.

En cuanto a las ideas estéticas, Feijoo defiende la libertad del genio frente a las normas preceptivas, que "solo sirven para evitar algunos groseros defectos, pues el que no tiene genio, nunca es elocuente, por más que haya estudiado las reglas de la Retórica. Los que se atan servilmente a las reglas tienen justo motivo para hacerlo. La falta de talento les obliga a esa servidumbre".

En cuestión de estética fue singularmente moderno y adelanta posturas que defenderá el Romanticismo, pero critica sin piedad las supersticiones que contradicen la razón, la experiencia empírica y la observación rigurosa y documentada.

Con Feijoo se introducen en España las novedades de la cultura europea, se abandonan los procedimientos rutinarios y se incorporan los nuevos métodos experimentales. Feijoo recomienda el envío de los jóvenes españoles a las escuelas de Francia e Inglaterra. Pero la introducción en España de las novedades europeas no supone la ruptura con los valores de la tradición española.

Filosóficamente, Feijoo se decantó por el empirismo de Francis Bacon y su *Novum Organum* (1620), su libro de cabecera, y coqueteó con el eclecticismo y el escepticismo, llamándose a sí mismo unas veces "ecléctico" o "escéptico mitigado". Aplica las clásicas cautelas de Bacon contra los *idola* o engaños que estorban la recta interpretación de la experiencia o experimento: modos comunes de pensamiento (*Idola tribus*), modos propios del pensamiento individual (*Idola specus*); modos propios derivados de una dependencia excesiva del lenguaje (*Idola fori*) o de una dependencia excesiva de la tradición (*Idola teatri*).

La figura de Feijoo es clave en la historia de los derechos de las mujeres en la España del siglo XVIII. El discurso XVI "Defensa de las mujeres" publicado en el primer tomo del Teatro Crítico Universal de 1726 está considerado como el primer tratado feminista español. Mezcla los criterios de corte racionalista, propios de la primera generación ilustrada a la que pertenece con otros criterios tradicionales fundamentados en el argumento de autoridad sirviéndose de numerosas referencias eruditas. Cuestiona la opinión común y la misoginia de la época sobre la inferioridad de la mujer,

defiende la igualdad intelectual entre hombre y mujer, la dignidad moral de las mujeres y su derecho a acceder al saber científico y a la alta cultura.

«En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: Defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a todos los hombres: pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres que apenas admiten en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero, donde más fuerza hace es en la limitación de los entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas con alguna brevedad sobre estos capítulos discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de Ciencias y conocimientos sublimes.»

Sus discursos suscitaron una auténtica tempestad de rechazos, protestas e impugnaciones, sobre todo entre los frailes tomistas y escolásticos. Le defendieron el doctor Martín Martínez y los padres Isla y Martín Sarmiento, así como el mismo rey Fernando VI, quien, por un real decreto de 1750, prohibió que se le atacara.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS (1744-1811)

Gaspar Melchor de Jovellanos fue un escritor, jurista y político ilustrado. Especialmente comprometido con el desarrollo económico y cultural de su país, fueron relevantes su *Informe sobre la Ley Agraria* o su *Memoria sobre la educación pública*.

Nació en el seno de una familia noble de Gijón, aunque sin fortuna. En 1764 fue becado en el Colegio Mayor de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá, para seguir sus estudios eclesiásticos, graduándose de bachiller en Cánones. Allí conoció a Cadalso y a Campomanes.

Después de licenciarse ocupó en 1767 la plaza de magistrado de la Real Audiencia de Sevilla. Allí fue alcalde del crimen y oidor en 1774. En 1775 fue uno de los promotores de la Sociedad Patriótica Sevillana, de la que fue secretario de artes y oficios.

En 1778 consiguió el traslado a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte en Madrid, en parte gracias a la influencia del duque de Alba, a quien había tratado en Sevilla. En 1780 accede al Consejo de Órdenes Militares. En 1782 formó parte de la comisión que puso en marcha el Banco de San Carlos. Fue miembro de la junta de comercio de la Sociedad Económica Matritense y, desde diciembre de 1784, su director. Redacta diversos estudios sobre la economía de España, entre los que tiene singular valor el *Informe sobre la Ley Agraria*, en la que aboga por la liberalización del suelo y fin de privilegios como el mayorazgo y la Mesta, recogiendo su pensamiento liberal, norma sobre la que el Consejo de Castilla había volcado sus esperanzas para reformar y modernizar el agro peninsular. Fue miembro de la Real Academia de la Historia (1779), de la Real Academia de San Fernando (1780) y de la Real Academia Española (1781).

Sin embargo, el inicio de la Revolución francesa (1789-1799) paralizó con el reinado de Carlos IV (1788-1808) las ideas ilustradas y apartó de la vida pública a la mayoría de los pensadores avanzados. Tras la caída de su amigo Francisco de Cabarrús, Jovellanos se vio obligado a marchar de la Corte, desterrado, estableciéndose en su ciudad natal en 1790.

Tras la alianza con la Francia revolucionaria, Manuel Godoy pretendía realizar ciertas reformas y contar con los más importantes de los ilustrados, por lo que le ofreció a Jovellanos el puesto de embajador en Rusia, que este rechazó. Sin embargo, en 1797 aceptó el puesto de ministro de Gracia y Justicia, desde el que intentó reformar la justicia y disminuir la influencia de la Inquisición, pero tras nueve meses en el gobierno cesó en 1798 y volvió a Gijón. Allí proyectó la creación de una academia asturiana, que tendría como función el estudio de la historia y de la lengua asturiana, y elaboró 200 fichas de léxico del asturiano.

Enfermo de pulmonía, murió en el pueblo pesquero de Puerto de Vega, en el concejo de Navia, el 27 de noviembre de 1811.

Obra

La preocupación por España constituye el núcleo central de la producción de Jovellanos: el progreso material del país; la instrucción pública, la educación cultural y moral del pueblo y los temas pedagógicos; en cuanto a la historia cultural y la política de los espectáculos, aconseja fomentar las diversiones públicas para contrarrestar la tediosa monotonía de la vida provinciana española; elogio de las Bellas Artes. En cuanto a la política, las ideas de Jovellanos tienen un carácter liberal, aunque aún no del todo democrático, pues creía que había que gobernar para el pueblo, pero sin el pueblo.

Jovellanos cultivó varios géneros literarios (como poesía y teatro) pero sus escritos principales fueron ensayos de economía, política, agricultura, filosofía y costumbres, desde el espíritu reformador del despotismo ilustrado.

Entre ellas destacan el *Informe sobre la ley agraria*, que escribió en una primera versión en 1784, pero que no envió hasta 1787 a la Sociedad Económica Matritense, que la remitió al Consejo de Castilla y que se publicó en 1795. En ella Jovellanos se mostró partidario de eliminar los obstáculos a la libre iniciativa, los cuales agrupaba en tres clases: políticos, morales y físicos. Entre ellos estaban los baldíos, la Mesta, la fiscalidad, la falta de conocimientos útiles de los propietarios y labradores, las malas comunicaciones y la falta de regadíos, canales y puertos.

Para corregir esta situación Jovellanos propuso que los baldíos y montes comunales pasaran a la propiedad privada, disolver la Mesta, cercar las fincas, y que los arrendamientos estuvieran basados en el pacto libre entre los colonos y los propietarios.

A esto habría que añadir la reforma de la enseñanza, para hacerla más práctica, dándole más importancia a las materias científicas, y la inversión del Estado en obras públicas.

Estas medidas crearían las condiciones para la constitución de un mercado de tierras, un aumento de la producción y la creación de un mercado nacional unificado que posibilitarían que aumentara la población y su nivel de vida, lo que serviría de base para el inicio de la industrialización.

LA FILOSOFÍA ILUSTRADA

La Ilustración se nutrirá filosóficamente de varios movimientos y corrientes del pensamiento, empezando por el moderno del siglo XVII. Entre ellos, cabe destacar el Antropocentrismo, el Racionalismo (René Descartes, Blaise Pascal, Nicolas Malebranche, Baruch Spinoza, Gottfried Wilhelm Leibniz), el Empirismo (Francis Bacon, John Locke y David Hume), el Materialismo (La Mettrie, D'Holbach), el Hipercriticismo, el Pragmatismo, el Idealismo (George Berkeley e Immanuel Kant) y el Universalismo.

En los campos de la filosofía, metafísica, geometría, astronomía, astrofísica, geografía, lógica, ética, derecho, estética, deontología, religión, ciencia, política cabe destacar la obra de Immanuel Kant. Todo el movimiento filosófico tiene su expresión en el resto de los órdenes de la vida social nacional y europea.

Al replantearse de un modo hipercrítico todo el conocimiento anterior, la ilustración mira de una nueva manera la religión e intenta quitarle cualquier resto de superstición. La predicación pedante cuyo propósito directo no es edificar y corregir al creyente es satirizada así sin piedad por el jesuita español José Francisco de Isla en su novela satírica Fray Gerundio de Campazas.

Bajo la luz de la razón los seculares realizan también las primeras formulaciones del deísmo (Voltaire, Volney, Rousseau) y el ateísmo (Diderot, Holbach, La Mettrie) y se esboza por primera vez un cierto comparatismo en la historia de las religiones, que aparece en el relativismo de Voltaire.

El libertinismo (que no cree en los milagros) y el librepensamiento, que reclama para la razón individual independencia absoluta de todo criterio sobrenatural, se extienden. Se trata de un laicismo que se va instalando con fuerza cada vez mayor en los gobiernos de Europa como una consecuencia natural del Tratado de Westfalia (1648), que consagró el fin del cesaropapismo (el poder político y religioso está unificado en una sola persona, el emperador).

El cesaropapismo tiene su origen en la concepción romana del poder imperial. Desde Augusto, el emperador ha unido en su persona los destinos políticos del Imperio y el poder religioso. De hecho, es *pontifex maximus*, gran pontífice, es decir, el jefe de la religión romana. El cesaropapismo en

Occidente comienza en el año 800, cuando el papa León III coronó a Carlos Carlomagno como Emperador de un restaurado Imperio Romano que, prolongado en sus sucesores, será conocido como Imperio carolingio (800-843).

Los mismos monarcas católicos empiezan a ver los beneficios económicos que reportan el regalismo y las desamortizaciones para el Estado: se discute el excesivo papel que tenían las órdenes religiosas en las universidades y su monopolio en la educación general, que hacía encauzasen los mejores talentos hacia la carrera eclesiástica en vez de a las ciencias prácticas.

En 1759 el marqués de Pombal, ministro del rey portugués José I de Portugal, expulsó a los jesuitas, últimos defensores del cesaropapismo, en lo que le siguieron la mayoría de los países europeos (Francia, 1762; España, 1767; Parma, 1768; el propio papa disuelve la Compañía en 1773).

El emperador católico de Austria José II cerró los claustros y los conventos para evitar el desperdicio de vidas que a su juicio representaba la clausura, abriendo así además la vía para la secularización y desamortización general de sus bienes. Carlos III ordenó una expulsión que, en razón de sus territorios, abarcaba no solo España sino toda la América hispánica y Filipinas.

Ha sido discutida la gran transcendencia del perjuicio intelectual y académico de esta expulsión, lo cierto en cualquier caso es que estos jesuitas hispánicos contribuyeron decisivamente a una madura Ilustración cristiana desplegada desde Italia, lugar de acogida de los miembros de esta orden española.

En los países protestantes, el pietismo de August Hermann Francke y Nicolaus Ludwig von Zinzendorf, que propugnaba una religiosidad puramente espiritual y personal, se enfrentó igualmente a la ortodoxia clerical establecida más mundana. La religión se empieza a contemplar a través de criterios científicos y laicistas como si se estudiara a la naturaleza misma y desde un punto de vista utilitarista que abandona las viejas y supersticiosas concepciones.

Para la mayoría de los filósofos, la ilustración incluía un rechazo del cristianismo tradicional. Y la aparición de estas tendencias laicas culminó con la Revolución francesa. Inversamente, un espíritu universal como el de Leibniz da un gran apoyo a la creencia en Dios con su *Théodicée* (1710).

El *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) de John Locke reclamaba pruebas de los dogmas religiosos y entabló un combate general contra el dogmatismo. En Inglaterra, el repudio de la tradición religiosa acrítica había derivado rápidamente hacia el deísmo, que ya solo reconocía a Dios, a la virtud y a la inmortalidad como los tres fundamentos de una religión natural universal; la obra del primer deísta John Toland *Christianity not Misterious* (1696) había señalado el punto de partida de este movimiento que, en el

siglo XVIII, contó a Gotthold Ephraim Lessing, a Voltaire y a Volney como a sus principales adeptos.

Por otra parte, sociedades secretas como la Francmasonería, los Rosacruz y los Iluminati identificaban a Dios como un laico arquitecto racional del universo y condenaban la religión como una superstición vulgar; lo importante para ellos era construir el templo de la humanidad sobre las bases de la caridad activa y la ética como categorías superiores a toda religión. La primera gran logia masónica se fundó en Londres en 1717.

La masonería se propagará por todo el mundo y, por ejemplo, tendrá una gran importancia en la secesión y constitución de la primera república presidencial del siglo XVIII: los Estados Unidos, que no reconoce ninguna religión como oficial. Incluso algunos eclesiásticos y monarcas fueron masones, como Federico el Grande, e intelectuales como Wieland, Goethe y Lessing, entre muchos otros, fueron masones.

La religión se convierte en un compromiso personal con Dios que abandona las imposiciones dogmáticas e institucionales de las iglesias, que, según los ilustrados, ocupan el lugar verdadero de Dios. La Ilustración se caracterizaba por la pluralidad y la tolerancia. Voltaire escribirá que "en un país donde hay una sola religión, no se puede vivir; en donde hay dos, hay guerra civil; pero en Inglaterra, donde hay treinta, existe paz".

La Iglesia estaba sometida al Estado absoluto, lo cual generó conflictos en los países católicos, ya que dependían a su vez de las decisiones del pontífice en Roma.

LOS ENCICLOPEDISTAS

La Ilustración quiere reunir todos los conocimientos científicos y hacerlos asequibles a toda la sociedad. Los problemas filosóficos y religiosos pasan a segundo plano. La filosofía se refiere ahora solamente a los resultados de la ciencia natural, y a las doctrinas empiristas y deístas de los ingleses.

El pensamiento es racionalista, pretende resolver las cuestiones de una vez para siempre, de forma matemática, sin tener en cuenta las circunstancias históricas. En teoría del conocimiento la doctrina dominante es el empirismo sensualista. Las dos corrientes empiristas, la continental y la inglesa, convergen en la Ilustración.

El órgano destinado a divulgar esta filosofía es la *Enciclopedia*, cuyo primer representante es Pierre Bayle (1647-1706), autor del *Dictionnaire historique et critique*, que considera que la razón no puede comprender nada de los dogmas. Más importante fue la *Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*, editada por Diderot y d'Alembert y publicada de 1750 a 1780. Sus colaboradores eran las mayores figuras de su tiempo: Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Torgot, Holbach. La *Enciclopedia* fue el vínculo máximo de las ideas de la Ilustración.

EL NEOCLASICISMO

El término neoclasicismo (del griego νέος néos 'nuevo' y del latín *classicus* 'primera categoría') surgió en el siglo XVIII para denominar al movimiento estético que venía a reflejar en las artes los principios intelectuales de la Ilustración, que desde mediados del siglo XVIII se venían produciendo en la filosofía y que consecuentemente se habían transmitido a todos los ámbitos de la cultura. Aunque, coincidiendo con la decadencia de Napoleón Bonaparte, el Neoclasicismo fue perdiendo adeptos en favor del Romanticismo.

Con el deseo de repetir y repercutir las huellas del pasado se pusieron en marcha expediciones para conocer las obras antiguas en sus lugares de origen.

También hay que valorar el papel que desempeñó Roma como lugar de cita para viajeros y artistas de toda Europa e incluso de América. En la ciudad se visitaban las ruinas, se intercambiaban ideas y cada uno iba adquiriendo un bagaje cultural que llevaría de vuelta a su tierra de origen.

Allí surgió en 1690 la llamada Academia de la Arcadia o Arcades de Roma, que con sus numerosas sucursales o *coloniae* por toda Italia y su apuesta por el equilibrio de los modelos clásicos y la claridad y la sencillez impulsó la estética neoclásica. La villa romana se convirtió en un centro de peregrinaje donde viajeros, críticos, artistas y eruditos acudían con la intención de ilustrarse en su arquitectura clásica. Entre ellos estaba el prusiano Joachim Winckelmann (1717-1768), un entusiasta admirador de la cultura griega y un detractor del rococó francés; su obra *Historia del Arte en la Antigüedad* (1764) es una sistematización de los conocimientos artísticos desde la antigüedad a los romanos.

La Ilustración representaba el deseo de los filósofos de la época de la Razón (filosofía) por racionalizar todos los aspectos de la vida y del saber humanos. Vino a sustituir el papel de la religión (como organizadora de la existencia del hombre) por una ética laica que ordenará desde entonces las relaciones humanas y llevará a un concepto científico de la verdad.

Se critican los excesos barrocos en el ámbito literario. Se perfiló un nuevo ideal que rechazaba la literatura recreativa y de ficción, proponiendo una literatura verosímil, racional y didáctica. Mientras se acusaba a Luis de Góngora de ser el principal artífice de la destrucción de la poesía, se valorizaban las obras de Garcilaso y de sus seguidores, consideradas como un modelo de claridad, orden y armonía.

Géneros literarios como el ensayo o el género epistolar cobraron nuevo impulso en esta época, a la vez que se renovaban otros, como el teatro. Algunos de los autores que protagonizaron esta época en España fueron José Cadalso, Benito Jerónimo Feijoo y Leandro Fernández de Moratín. Se relatan hechos reales. Todo tenía un fin didáctico, por eso surgen las fábulas; surgen también el espíritu crítico y científico.

LA ESCOLÁSTICA EN EL SIGLO XVIII

La escolástica sigue ampliamente representada en el siglo XVIII, aunque más en número que en calidad, hasta que en el último tercio del siglo sufre las consecuencias de las conmociones políticas y las tendencias antirreligiosas del siglo.

En la primera mitad del siglo XVIII prosiguen los típicos comentarios, cursos, manuales y compendios en la enseñanza académica, con una finalidad exclusivamente pedagógica y escolar. El espíritu de conservación, repetición e imitación impide toda originalidad creativa.

Las diferentes escuelas continúan manteniendo sus tradicionales posiciones y refutando las del adversario, sin mostrar interés alguno por las nuevas corrientes filosóficas, que solo se emplean para reprochar al adversario su desviación doctrinal.

Prosiguen los defectos característicos de la decadencia intelectual: desinterés por la realidad, preferencia por las cuestiones abstractas y especulativas, un afán de disputas interminables, desligadas de los problemas de su tiempo.

En este ambiente de decadencia general de las universidades, los escolásticos mantuvieron el interés por el estudio, pero sin ser capaces de dar un rumbo nuevo a la investigación y a la enseñanza. Hubo repetidos intentos de reforma, pero tuvieron escasa eficacia.

La oposición a la escolástica se hace cada vez más ostensible en Feijoo, Mayáns, Torres Villarroel y Jovellanos y, en general, en todos los que adoptan una actitud ecléctica y crítica. Pero en el fondo lo que proponen es una renovación del método y un fomento de las nuevas ciencias que entonces comenzaban a desarrollarse.

A mediados del siglo, se abre camino la tendencia a una renovación, impulsada por el grupo de jesuitas en la universidad de Cervera, que serán luego el puente con la restauración escolástica del siglo XIX, la Neoescolástica. Pero la reforma quedaba reducida a mejorar el lenguaje, suprimir las disputas y abrirse a las corrientes "modernas": el cartesianismo, el gasendismo, el sensismo y el empirismo.

La Universidad de Cervera es un edificio construido entre 1718 y 1740 ubicado en el municipio de Cervera, en la comarca de la Segarra (Lérida). Fue mandado construir por orden de Felipe V, que en 1717 suprimía las seis universidades existentes en Cataluña y las unificaba en una única universidad, en Cervera. El municipio fue elegido para premiar el apoyo y fidelidad de esta ciudad a la causa del borbón Felipe V (Felipe de Anjou) durante la guerra de sucesión española, frente a los partidarios del candidato austriaco.

La construcción se prolongó entre 1718 y 1740. A partir de ese año se comenzó a impartir docencia, albergando las facultades de Teología,

Humanidades, Medicina, Filosofía y Derecho. En 1842 la universidad fue trasladada a Barcelona. En Cervera se formó un grupo de jóvenes jesuitas que se propusieron renovar la escolástica, cultivando las humanidades, dignificando el lenguaje, suprimiendo sutilezas y cuestiones anticuadas y dando cabida con sentido ecléctico a la experimentación, a las ciencias positivas y naturales y a las doctrinas de los "modernos". La expulsión de los jesuitas en de España en 1767, ordenada por el rey Carlos III (bajo la acusación de haber sido los instigadores del Motín de Esquilache), cortó en flor aquel movimiento, muchos de cuyos representantes hubieron de emigrar a Italia.

Seis años después el monarca español consiguió que el papa Clemente XIV suprimiera la orden de los jesuitas. Fue restablecida por Pío VII en 1814 y Fernando VII les permitió el regreso a España en 1815, pero los jesuitas serían expulsados de España tres veces más: en 1820, durante el Trienio Liberal; en 1835, durante la Regencia de María Cristina de Borbón; y en 1932, bajo la Segunda República Española.

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII

Al comenzar el siglo XVIII, la literatura española continúa el vertiginoso descenso iniciado a fines de la centuria anterior. Desde el punto de vista estético, es un siglo mediocre. Pero en este siglo se desarrollan muchas de las características del mundo moderno.

La literatura refleja una pugna entre los conceptos tradicionales y las nuevas tendencias, resultado de una relación cada vez más intensa con Europa: Francia, Italia e Inglaterra.

Se suele designar el siglo XVIII como la "época del neoclasicismo", pero en este siglo hay que reseñar cuatro tendencias fundamentales, que no aparecen de forma sucesiva, sino que se interfieren a lo largo de todo el siglo.

EL POSBARROQUISMO Y LA LITERATURA TRADICIONAL

Tras la muerte de Calderón en 1681, el Barroco da muestras de agotamiento y entra en una clara decadencia; solo mantiene características formales de un arte huero y extravagante.

La tendencia posbarroca se mantiene hasta mediados del siglo para dejar luego paso a las corrientes neoclásicas, aunque sigue gozando, no obstante, del favor popular durante la segunda mitad del siglo XVIII para diluirse, finalmente, en el amplio fenómeno del Romanticismo.

El sector culto estaba más dominado por la tendencia neoclásica y desarrolló encarnizados ataques contra el arte barroco, pero esto no supuso una repulsa absoluta de la tradición española, que se intentó revalorizar fomentando el estudio del siglo XVI.

LA LITERATURA NEOCLÁSICA

Con la subida al trono de España en 1701 de Felipe V, primer rey de la dinastía de los Borbones, todas las formas de la vida nacional comienzan a seguir los modelos de la sociedad francesa y abandonan la tradición española. Toda Europa entra en la órbita de la influencia francesa.

Aunque el ambiente popular seguía fiel a la tradición barroca y aplaudía las mayores extravagancias, las minorías selectas sentían que la cultura barroca estaba agotada. Estas minorías adoptan, pues, complacidos el clasicismo francés del siglo XVII, más sereno y equilibrado que el estilo barroco español tradicional.

Frente al audaz individualismo del XVII español, ahora los preceptistas exigen que el arte siga unas normas sensatas acordes con la razón y con los clásicos; aparece un sentido de unidad en la cultura. Se impone la "razón", el pensamiento independiente de toda circunstancia nacional o individual, contra todo capricho personal.

Las nuevas reglas, basadas en Aristóteles y Horacio, exigen dar a la obra un carácter universal y un aire de verosimilitud. El neoclasicismo tiende a expresar lo genérico, la "idea" abstracta, más que la realidad específica o lo irregular. Se evita unir en una misma obra diversos estilos: separación de los géneros y unidad de estilo. La obra de arte tiene una finalidad moral o educativa, de ahí el auge de las fábulas.

El Estado fomenta activamente esta labor unificadores del gusto y de la cultura, fundando organismos oficiales, que, a fin de cuentas, vienen a ser un complemento de la centralización de la política borbónica. Se funda la *Real Academia de la Lengua* (1713), la *Biblioteca Nacional* (1712), la *Real Academia de la Historia* (1738).

El espíritu normativo del neoclasicismo impidió en España la continuación de un barroquismo degenerado, pero, al mismo tiempo, suprimió el desarrollo de la inspiración imaginativa, dificultó considerablemente la expresión libre y sincera de los sentimientos individuales, cuyo resultado fue una literatura prosaica y sin vida.

Junto al neoclasicismo llegó también a España desde Francia el Rococó con su exquisita elegancia. La grandiosa magnificencia y fuerza expresiva del Barroco español queda sustituida por un arte superficial y frívolo, aunque dotado de gracia, ligereza y pulcra corrección.

«El neoclasicismo, además de ser un arte aristocrático que no podía hallar resonancia alguna en el ambiente popular español, era algo importado y extraño, y, por tanto, opuesto a los gustos tradicionales del país. Su carácter europeizante y francés había de impedir que enraizase fuertemente en una España que, desde la Contrarreforma, había permanecido aislada del Continente, viviendo de sus propios ideales culturales. La misma interpretación de los clásicos, que los preceptistas franceses e italianos nos

traían, era totalmente distinta de la versión española del clasicismo, más en consonancia con el individualismo nacional, contrario a toda normativa.

En resumen, el nuevo estilo vino a oponer un freno de sensatez y buen gusto a la literatura española, pero no consiguió levantarla de la postración en que había caído. El mezquino criterio estético a que respondía y el agotamiento del genio creador nacional frustraron un verdadero resurgimiento. Por eso podemos afirmar que el siglo XVIII es el bache más profundo en que cayeron las letras españolas.» [García López, José: *Historia de la literatura española*. Barcelona, 1973, p. 359-360]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) – 2022 – Alle Rechte vorbehalten